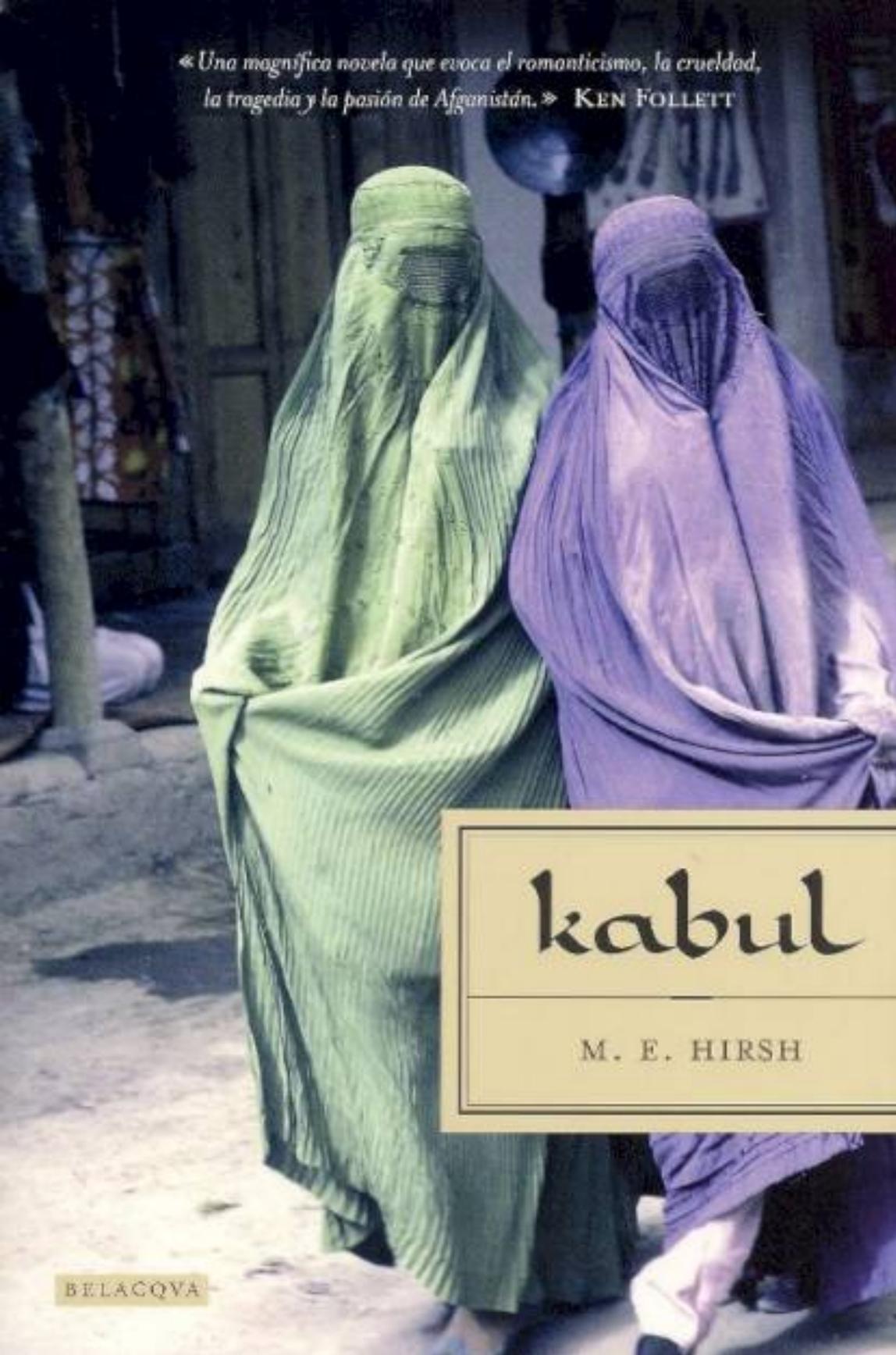


«Una magnífica novela que evoca el romanticismo, la crueldad,
la tragedia y la pasión de Afganistán.» KEN FOLLETT



kabul

M. E. HIRSH

Annotation

. En verano 1973, cuando el último rey afgano es depuesto del trono, la familia de Omar Anwari, leal ministro del gobierno, se desgaja al mismo tiempo que el país. Catherine, su esposa, estadounidense, pasa siete turbulentos años luchando por mantener unida a la familia; Mangal, el primogénito, rompe con su padre por fidelidad a su conciencia política; Saira, la hija que vive en Nueva York, se desgarrar entre dos culturas; Tor, el menor y el más apasionado de los tres, crece y se convierte en el más valiente de los hermanos. Kabul, una epopeya sobre la guerra civil, intriga política y tragedia familiar, compone un retrato épico conmovedor y profundo de una nación orgullosa sumida en el más absoluto caos. En ella, un puñado de afganos con diferentes intereses nos ofrecen muchos puntos de vista, desde el fundamentalismo islámico hasta la tendencia socialista de muchas mujeres cultas que luchan por sus derechos.

MARY ELIZABETH HIRSH

Kabul

Traducción de Concepción Cardeñoso Sáenz de Miera

Belacqva

Sinopsis

. En verano 1973, cuando el último rey afgano es depuesto del trono, la familia de Omar Anwari, leal ministro del gobierno, se desgaja al mismo tiempo que el país. Catherine, su esposa, estadounidense, pasa siete turbulentos años luchando por mantener unida a la familia; Mangal, el primogénito, rompe con su padre por fidelidad a su conciencia política; Saira, la hija que vive en Nueva York, se desgarrá entre dos culturas; Tor, el menor y el más apasionado de los tres, crece y se convierte en el más valiente de los hermanos. Kabul, una epopeya sobre la guerra civil, intriga política y tragedia familiar, compone un retrato épico conmovedor y profundo de una nación orgullosa sumida en el más absoluto caos. En ella, un puñado de afganos con diferentes intereses nos ofrecen muchos puntos de vista, desde el fundamentalismo islámico hasta la tendencia socialista de muchas mujeres cultas que luchan por sus derechos.

Título Original: *Kabul*

Traductor: Cardeñoso Sáenz de Miera, Concepción

Autor: Hirsh, Mary Elizabeth

©2006, Belacqva

ISBN: 9788496326828

Generado con: QualityEbook v0.87

Mary Elizabeth Hirsh

Kabul

© M. E. Hirsh

Título original: Kabul

© 2006, por la traducción: Concepción Cardeñoso Sáenz de Miera

© 2006, Belacqua de Ediciones y Publicaciones S. L.

Primera edición: julio de 2006

ISBN: 84-96326-82-9

*A mi familia
y a una familia afgana,
con gratitud y amor.*

Índice

Nota

Primera parte

Julio de 1973, Kabul (Afganistán)

Segunda parte

Febrero de 1978, Moscú

Marzo de 1978, Nueva York

Abril de 1978, Kabul '

Tercera parte

Abril de 1979

Epílogo

Nota

ESTA novela se inicia al final de lo que *The New York Times* llama la Edad de Oro de Afganistán, cuando Kabul era una sofisticada capital internacional, con universidad mixta dotada de profesorado de todas las partes del mundo.

Los acontecimientos que aquí se relatan preparan el terreno a la invasión soviética y los años subsiguientes de devastación bélica y abandono internacional que, en última instancia, desembocaron en el levantamiento de los talibanes. Esta semblanza del pasado cercano de Afganistán sondea las tensiones que llegaron a polarizar el país.

El 17 de julio de 1973, Mohammed Zahir sha, último rey de Afganistán, fue depuesto por el general Mohammed Daud Kan, su primo y cuñado, el cual proclamó la primera república de Afganistán.

Cinco años más tarde, Daud y su familia perecieron, junto con unas doscientas personas más, en el golpe izquierdista dirigido por Nur Mohammed Taraki, Babrak Karmal y Hafizullah Amín, tras el asesinato de su colaborador Mir Akbar Jaybar.

Taraki y Amín fueron ejecutados en sucesivos golpes de Estado, que se reseñan en el epílogo del presente libro, y la «invasión de Navidad» de la Unión Soviética, en 1979, instaló a Babrak Karmal en la presidencia del país.

La masacre de Kerala, el levantamiento de Harat y la manifestación de mujeres son hechos históricos reales.

La última imagen corresponde a Omar Anwari, antiguo ministro del rey, que vuela de nuevo a Pakistán con intención de mediar entre las familias y facciones enfrentadas, que desde Peshawar reinician las luchas por el poder que vuelven a entrar en juego en el momento en que la edición original (2002) de *Kabul* llega a la imprenta.

Sin embargo, la familia Anwari, sus amigos y criados son personajes de ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera parte

TU ROSTRO es una rosa y tus ojos son velas.

¡Fe! Estoy perdido. ¿He de convertirme en mariposa o en polilla?

LANDAY, *Benawa*, 1958

Julio de 1973

Kabul (Afganistán)

Uno

Cuando Tor Anwari entró en el establo, su caballo piafó, levantó las patas delanteras en el aire y movió las orejas, expectante; era un waziristano de color plateado, elegante y veloz como los caballos árabes, y no tenía nombre. Según su tío abuelo Yusef, la primera palabra que Tor había dicho de pequeño había sido *aspi*, como se llama cariñosamente a los caballos, y Tor sólo lo llamaba así, como un silbido del viento.

Aspi golpeó con los cascos la puerta del establo describiendo amplios arcos con la cabeza impacientemente; Tor le echó los brazos al ancho pescuezo.

—Sí, sí, ahora salimos. —Pero cerró los ojos y descansó todo su peso contra la cálida mole del semental al tiempo que aspiraba el aire impregnado de paja, estiércol y grasa de cuero mezclado con el olor ácido y conocido de *Aspi*. Aquél era su sitio, nunca iba nadie más allí. Nadie, excepto Karima que, según *mamá-yan*, sólo era la hija de los criados y no le convenía como enamorada.

Acarició con dureza el brillante pelaje. Era imposible hacer daño a *Aspi*, era tan fuerte que nunca se molestaba.

—Ojalá fuera caballo —dijo Tor—. Vosotros nunca os sentís así.

Mamá le gritaba:

—¡En este caso, eres tú quien no le conviene a ella, Tor! —Pero si lo hubiera sorprendido con una muchacha rica, sería él quien se casaría al día siguiente, y no Mangal, el hermano mayor, el perfecto.

Por otra parte, mamá era estadounidense. Se suponía que los estadounidenses creían en la libertad. ¿No era ella la que tanto presumía de haberse casado con *papá-yan*, aún en contra de los deseos de tío abuelo Yusef y de la familia de ella? ¡Qué hipócrita!

Tocó algo pegajoso en el hombro del caballo.

—*Aspi*, ¿de dónde ha salido esto? —Abrió la puerta—. Siempre estamos metiéndonos en líos. Eres tan malo como dicen que soy yo.

Eligió una almohaza de metal y empezó a cepillarle la maraña de crines cardándosele en tiesos mechones. La noche anterior, cuando mamá-*yan* irrumpió de pronto, estaba acariciando el pelo a Karima, enredándosele en las manos y cubriéndose la cara con él: ¡qué suave y dulce lo tenía!

A Karima también le gustaba, eso lo sabía. Mamá se lo había tomado como si la hubiese obligado a acostarse con él, pero a ella le gustaba, aunque la hubiese engañado un poco esa primera vez diciéndole que le había traído un regalo secreto de Pakistán. No era más que un collar... y quiso dárselo en su dormitorio por una sola razón: ese pelo tan suave que tenía y esos brazos lisos y redondeados, que alzaba al cepillar las crines a *Aspi*... Karima se había encargado de cuidar a *Aj/z* todo el año, mientras él estaba en Pakistán, y en sus cartas describía imágenes que evocaba cuando estaba en la cama, en el colegio: Karima vendándole el corte de una pata, Karima escogiendo hierbas curativas para mezclárselas con el heno. Ella era la única que lo cuidaba. Mangal quería mandar a *Aspi*; a la casa de Paghman, pero ella se ofreció a cuidarlo. Al valiente de Mangal le daban miedo los caballos, por más que quisiera ocultarlo.

Tor dejó la almohaza.

—Vámonos de aquí.

Le estaba naciendo algo por dentro, algo negro y furioso. Cuando estuvieran galopando por la montaña se le pasaría, pero... de todos modos, era muy injusto. A Mangal

nadie le decía nunca lo que tenía que hacer. No, claro, él era «el mayor». Mangal, con sus trajes de tres piezas y sus cuadernitos de colores, dándose importancia por su trabajo en el periódico. «¿Mangal-yan viene a cenar?», ¡siempre lo mismo! Y «Mangal-yan, ¿necesitas alguna cosa?». Saira, la única hermana que tenían, volvía de los Estados Unidos esa misma noche, después de pasar tres años en Radcliffe, pero Mangal estaba «muy ocupado» y no podía ir a buscarla al aeropuerto. Una vulgar excusa, mientras que papá suspendía su misión secreta, encargo del rey, para ir a recibirla.

Y por la boda, claro.

Mangal se casaba al día siguiente. Ése era el motivo de todo el revuelo. «¡Un muchacho tan brillante!» Roshana, su prometida, también tenía una inteligencia privilegiada, daba clases en la universidad y hablaba de política todo el tiempo. ¿Cómo podían soportarlo? Y todo el mundo decía: «¡Ay, Tor, por qué no te parecerás más a Mangal!».

«Porque no me he muerto todavía, y ya está —pensaba él mientras sacaba a Aj/>z al sol—. ¿Por qué no puedo ser feliz a mi manera?»

Descolgó la silla de montar de la oscura pared de detrás de la puerta; era de buzkashi¹ y tenía la perilla alta. ¡Hoy volarían de verdad! Y sonrió. Antiguamente, los hombres raptaban a la novia y se la llevaban a caballo en plena noche, sencillamente huían con ella al galope. Si Mangal hubiera intentado hacer eso con Roshana, habría terminado con sus narizotas en el suelo.

«Pero yo sí que podría hacerlo», pensó.

Pasó las bridas tachonadas de plata a *Aspi* por la cabeza. ¿Y si la raptaba?, pensó. ¿Qué pasaría entonces? Sería «la perdición» para ella.

¿Y qué? Ya estaba perdida. Y él ya tenía dieciocho años, era un hombre.

El estómago le dio un vuelco. ¿Por qué no? Podían escaparse esa misma noche, desaparecer unos días, y, después, a los demás no les quedaría más remedio que acep-

tarlo. Antes, esas cosas pasaban constantemente. Mamá no le quitaría la vista de encima, pero él entregaría sigilosamente una nota a Karima y ella le respondería...

Sabía lo que le respondería. Exactamente lo mismo que mamá: «Jamás». Después de lo de anoche, ella no se atrevería a empeorar las cosas, aunque mamá había prometido que no se lo contaría a nadie, siempre y cuando no volviera a suceder. «Jamás! ¡No vuelvas a acercarte a ella nunca más! ¿Me oyes, Tor?»

De todos modos, ahora que Karima sabía que podría estudiar en la universidad de Kabul, ya no iría a su habitación con tanta frecuencia; quería ser «respetable». Pero no le permitirían casarse con ella, ni quedarse en Kabul, siquiera. Ese horrible Lawrence College de Pakistán... y todo para poder ir el otoño siguiente a Harvard, a Columbia, a Moscú o a la Sorbona, como Mangal. «¡Y si no te comportas, irás a Moscú, Tor!»

Todo cuanto amaba estaba en Kabul: los ojos brillantes de Karima, la fuerza y la belleza de *Aspi*, y Saira..., que volvía a casa. Podía ser muy divertido. Pero, qué más da, Tor: vete y fastídiate.

Ni siquiera lo echarían de menos.

Se agarró a la perilla y montó. Eran un puñado de mentirosos. Mamá decía: «Tor, si la amas, no lo hagas nunca, nunca, nunca». Se suponía que Mangal amaba a Roshana, pero ¿cuándo la rozaba, siquiera? Y Karima... por la noche decía que lo amaba, pero a veces, al día siguiente, decía que tenía que estudiar y apenas lo miraba. Como si él no leyera nunca, y eso era mucho más importante. Nadie sabía lo que eran los sentimientos, sólo utilizaban los suyos para encerrarlo en una caja de «no, no puedes, no, nunca, ¡tengo que estudiar, Tor!».

«Si eso es amor, yo los odio», pensó al tiempo que hincaba los pies a *Aspi* en los flancos.

En el momento en que el caballo arrancó, oyó que lo llamaba mamá— *yan* desde su azotea:

—¡No, Tor, no!

Un Mercedes rojo oscuro se dirigía hacia él, conducido por la señorita Roshana. ¡Qué cara ponía! ¡Y Karima iba a su lado! *Aspi* retrocedió alzando las patas y Tor se quedó mirándolas directamente, dos caritas asustadas tras el parabrisas, bajo los cascos de *Aspi*. Pero el caballo corcoveaba con fuerza..., también él se había asustado, y Tor, obligándolo a dar media vuelta, le clavó los talones sin sentir nada más que el aire al galopar por el sendero de entrada y salir del recinto cercado.

¡Malditos! ¡Que se fueran todos al infierno! Y Karima también, si se ponía del lado de mamá. Ya no pensaría más en ellos, siquiera, sólo cabalgaría con las piernas sueltas en los largos estribos, no doblado y encogido, como en esas absurdas sillas inglesas que usaban en el Lawrence. Él sabía botar, pero ¿para qué? Botar y rebotar como un ganso, con esos ridículos pantalones de montar... ¡Eso no era montar! No le extrañaba que los británicos no hubieran podido conquistar Afganistán.

La avenida Dar-al Aman se extendía llana bajo el sol ardiente, flanqueada por los altos muros de la cerca. Cruzó el límite de árboles al trote, rápidamente, y salió de Carte Seh, su distrito, en dirección al palacio viejo y los montes pardos de más allá.

Mamá tenía razón en una cosa. Sus sentimientos eran excesivamente intensos. A veces hasta quería llorar para aliviar la presión del pecho. Pero los hombres no lloran. Se sentiría mejor si dejaba los sentimientos a un lado, como hacía en Pakistán cuando cabalgaba el primero de la clase, con los pies fuera de los estribos y espoleando al caballo hasta hacerle saber que podía correr libremente con él ligero en la grupa. Era un método infalible para sentirse mejor, cuando estaba desesperado o asustado por algo, pero con el amor no parecía surtir efecto.

Todo aquello era injusto, confuso, desquiciante. Sólo había tres personas que le importasen, pero ahora, *mamá-*

yan, con quien siempre había podido contar, le daba la espalda. Lo había pasado mal en Pakistán; en las cartas, en vez de consolarlo, sólo le decía «tienes que..., tienes que..., tienes que...». Luego, Karima. Hasta hacía dos años, a todos les parecía bien que fueran amigos, pero de pronto habían empezado a decir que aquello no estaba bien. «Los dos os estáis haciendo mayores, Tor, no podéis seguir jugando como niños. Ahora tienes que respetar más a Karima.» Y él se enfadaba, se sentía traicionado por la redondez de las caderas que la alejaban de él.

Pero, al mismo tiempo, era excitante: respondía a la suave cadencia nueva del paso de Karima con un deseo tan fuerte que casi lo mareaba. Al principio le daba miedo y asco de sí mismo... porque la espiaba como una serpiente, asomado al tejado cuando ella se secaba la melena al sol o cortaba hierba con unas tijeritas de plata, hoja a hoja, primorosamente, como si la hierba también tuviera sentimientos.

Ahora, todo lo que Karima hacía —todo lo que antes hacían juntos— le parecía dulce y grácil; echaba de menos sus sonrisas y sus bromas, deseaba acariciarle el perfil de la garganta con la punta de un dedo y tal vez dejar caer la mano un momento sobre el suave pecho que la blusa ceñía. Espiar desde el tejado era malo, pero mejor que nada. Se contentaba con murmurar palabras y fingir que ella lo oía. «Karima— *yan*, eres la chica más bonita de Kabul y te amaré hasta el día en que me muera...», aunque, cada vez que se la encontraba por casualidad en el jardín o en el vestíbulo, balbucía como un necio procurando no mirarle el cuerpo, ni a los ojos tampoco, para que no descubriera lo que quería ocultar.

Pero al final, en Pakistán, simplemente había dejado de sentirse culpable. Respetaba a Karima, por eso la amaba: era como si se hubiera vuelto tan guapa sólo por él. Le parecía tan verdadero que no podía equivocarse. Entonces, ¿por qué querían que amase a una desconocida, y no a